

## BAJO LOS ALMENDROS



OS restos mortales del general don Juan Prim y Prats van a ser trasladados desde el mausoleo en que reposan en Madrid a una tumba dispuesta en su ciudad natal de Reus; a la ceremonia la acompañarán unos festejos necrológicos, unos discursos y unas evocaciones de la figura del político y del militar, cuyas acciones llenan buena parte de la evolución histórica española en el siglo pasado. Esto equivale, en cierto modo, a poner en pie, nuevamente, a su figura, que no tuvo unas exequias largas en la memoria de la gente de su tiempo. Los primeros años de la política general que siguieron a su muerte fueron tan embarullados y, a raíz de la restauración de Alfonso XII, el signo de los tiempos cambió de tal modo, que su tumba en Madrid siempre pareció un aposentamiento provisional, en espera que la propia Historia fijara definitivamente la dimensión y condiciones de su reposo.

Este enterramiento pasó por diversos avatares, todos relacionados con la circunstancia, pero nunca fue mimado por los encargados de cuidarlo. Ultimamente estaba en un estado de abandono deprimente, que nos da idea del "sic transit gloria mundi" del aforismo. Las verjas que lo rodeaban estaban oxidadas y abatidas y parecía que el tiempo se hubiera entretenido en morder la piedra y carcomer los relieves y la lápida. El tiempo deja su impronta en los sarcófagos y lleva a cabo en ellos sutilmente una acción que pudiéramos calificar de iconoclasta y revolucionaria. No estaba cómodo el general Prim en aquella sepultura, entre el olvido hasta del aire que él pretendió sanear, de un modo y por unos procedimientos discutibles y personales. Mejor estará en la ciudad de Reus, entre los almendros, devuelto en cierto modo a una mocedad rural, toda encendida de entusiasmos y no mitificada por los riesgos de la Historia.

Es curioso que la monumentalización de Prim se haga siempre por lo que su figura tuvo de arrogante y que se le instale terciamente en la apostura ecuestre, sobre el caballo que le llevó a las victorias de Marruecos. Para la mayor parte de nosotros, Prim es el héroe de Castillejos y el conductor de los voluntarios catalanes a la sumisión del moro en la primera guerra marroquí. La Historia olvida, u oculta deliberadamente, la continua acción llevada a cabo por el caudillo de aquellos días, en el orden político y en la esfera gubernamental de la España de su tiempo. Y, sin embargo, fue en esta segunda pero importante faceta donde cabe hallar los meollos de la personalidad de Prim.

Un héroe es lo que son sus pintores. Sin David, Napoleón hubiera sido mucho menos grande; quizá hubiera sido el militar de cuchara que nos diseñó Tolstoi en "Guerra y Paz", rociado con litros de agua de colonia. A nosotros nos ha quedado grabado como un tópico la imagen del Prim de Fortuny, a lomos de un caballo veloz, y así le vemos en el bronce, sobre un pedestal, en determinadas plazas de los parques públicos.

Pero Prim fue un hombre que va a pie. Su figura, con sus virtudes y sus defectos, es la del siglo XIX. Salvo su experiencia del gobierno de México, en la que apuntó unas sagaces directrices para que el Gobierno de Madrid se apresurara a dar la autonomía a los residuos de su imperio colonial, con lo que nos hubiéramos ahorrado el desastre, la vida de Prim fue la de un constante conspirador, con todos los atributos y las condiciones que adquiere, física y mentalmente, una figura de este estilo, y que parece nacida para desenvolverse en el siglo XIX. Prim fue la mayor parte de su vida la figura del embosado y de la clave telegráfica o postal, la de las reuniones secretas y la del golpe de mano. No es raro que muriera por el disparo de otros embosados en una calle oscura.

Cuando se fraguó el movimiento que trajo como consecuencia a "La Gloriosa", y al que podemos calificar de "su" movimiento, Prim hizo su viaje a España, desde Inglaterra, en compañía de un lord inglés que le protegía y del cual, para evitar sospechas, hacía las veces de secretario con nombre supuesto. Así, disfrazado de ayuda de cámara, como en un carnaval, recorrió Prim el camino que le llevaría a la Jefatura del Gobierno. "La Gloriosa" fue la consumación de todos sus ideales como hombre de acción. Nunca estuvo Prim tan en su puesto como en aquella ocasión. Sus compañeros de aquella aventura militar-política, el almirante Topete y el general Serrano, llamado el "general bonito" por las señoras de la Corte, no hicieron más que un papel de figurantes en la insurrección. El entusiasmo

popular se desbordaba entonces por una especie de seducción personal que cada uno de esos personajes ejercía entre sus masas, y esta especie de enamoramiento, un poco femenino, era una de las bases de la política, que se inventaba en los salones, pero que necesitaba el refrendo de ciertas apoteosis callejeras. El general Prim, en el curso del periplo que le llevó a recorrer el litoral mediterráneo, antes de entrar en Madrid para hacerse cargo del Ministerio de la Guerra y luego de la Presidencia del Consejo, cosechó el máximo número de lauros, de modo que Serrano quedó postergado a una situación de segundón. Llegó un momento en que Prim fue verdaderamente el árbitro de la situación y hubiera podido realizar una transformación sustancial de la sociedad y de la política española si su idea pragmática de sustituir a la dinastía borbónica por una dinastía simplemente inventada, fuera cual fuera, pero europea y liberal, no hubiera acarreado la impracticabilidad del sistema, por el hecho mismo de que el nuevo Rey no cosechaba laureles en la calle —que en este caso eran sólo los salones de Madrid—. Ese poco de algarada y griterío que necesita el pueblo para ungir a sus líderes le faltó a don Amadeo, en parte porque era un sujeto demasiado delicado para llevar sobre sus espaldas la responsabilidad de un poder abstruso, y luego por la falta del basamento espectacular de una figura política, que sin duda hubiera sido Prim en caso de haber sobrevivido.

Las circunstancias del general Prim son características del tiempo. Fue de un individualismo feroz, como la mayor parte de los políticos de entonces. Era inconcebible que en mitad del siglo XIX, en el que la teoría del progreso era una novedad y en que empezaban a aflorar, todavía sin etiqueta, los primeros signos sociales en la superficie de un panorama, hasta entonces reducido a los ámbitos en que se moviera la Corte, pudiera un hombre público contar con las fuerzas que derivan de las estructuras políticas de hoy. Toda la historia del siglo XIX, desde Fernando VII hasta la mayoría de edad de Alfonso XIII, fluctúa sin permeabilidad, en torno a la personalidad de una o dos docenas de figuras políticas. Los partidos mudan de nombre y hasta de concepto, pero las personas son las mismas. Se puede hablar de camarillas, pero no se tiene en cuenta la irrisoria de aquellos cuadros públicos, en los que la gente de la calle no quería participar, por considerarlos peligrosos y como si fueran pacto de iniciados. Bajo las etiquetas turnantes se dibujan, empero, los bloques que perdurarán luego en la estructura nacional: progresistas, liberales y conservadores. Prim fue fiel a su teórica filiación de liberal avanzado o progresista, pero la confusión de los términos y, sobre todo, la de los campos de acción, le hizo bailar toda la vida la cuerda floja y adoptar una serie de posturas incómodas y circunstanciales, que en las condiciones de un panorama político más normal o adulto hubiera podido eludir. En cualquier país de la Europa de su tiempo el general Prim hubiera sido un hombre perfectamente definido y calificado, en los límites de una adscripción sin torceduras ni posibles interpretaciones. Aquí, no. En el juego de las fuerzas basculantes, uno se desplazaba frecuentemente de su centro de gravedad, llevado por el tornado de los hechos, y resultaba reaccionario o revolucionario al albur de los vientos que soplaban, cuando en realidad no era más —ni menos— que un liberal.

También en su catadura personal fue don Juan Prim un prototipo de su tiempo. Ya era conde de Reus y héroe de Castillejos, varias veces ministro, cuando pidió audazmente la mano de una señorita que vivía en Italia y que era un dechado de virtudes y una hermosa mujer. En el excelente libro de Ana de Sagra sobre la figura de don Amadeo figura esta perla prosódica debida a la pluma de don Juan Prim y dirigida al padre de la interfecta: "Mis virtudes serán, como a militar, valiente; como a político, consecuente y leal, y como a hombre social, siempre noble y honrado. Mi carácter no es del todo malo, pues indulgente con las miserias de la sociedad, que considero tal cual es, y no como debiera ser, tolero hasta las ofensas, salvo las que van contra el honor".

"Mis vicios han sido más de los que son, pudiendo asegurar que cuanto más los puse en juego no llegaron a dominarme. En los primeros días de mi "devocha" yo jugué, yo bebi y también reñí. Más tarde, concluida la guerra y hallándome más desocupado, las mozas ocuparon su puesto, y en este ramo me sucedió lo que a todos, saltar de continuo sin ninguna fijarme; pero debo decir que ni rastro ha quedado de lo que fue, por la sencilla razón de que todos mis enredos han sido con la mujer del prójimo y nunca con solteras". Dice Prim en esta carta que toda su fortuna está "encerrada en el puño de su espada".

Cuando el príncipe Pío le niega la mano de su hija, el general Prim se debate como un romántico: "¡Ay, príncipe mío! ¡El tiro ha llegado al alma! Una lágrima ha caído sobre el papel". El general Prim no era más que un romántico. Cuando sus restos, dentro de poco, reposen ya debajo de los almendros de su tierra, no se habrá enterrado propiamente a un hombre, sino a todo un manantial.